

UNA NUEVA HIPOTESIS SOBRE LA PROTOHISTORIA DE CHILOE

por JORGE DOWLING

En las actuales provincias de Valdivia, Osorno, Llanquihue y Chiloé —y aún más al sur—, existen diversos topónimos que provienen del quichua, cuando lo más natural habría sido encontrar solamente topónimos de origen mapuche. Además, los conquistadores vieron que la gente del Seno de Reloncaví y de Chiloé vestía como la del Cuzco y que el oro y la plata se trabajaban como si se tratase de una ocupación común y corriente.

Como no es posible aceptar así tan a ciegas que los mapuches de esas regiones —llamados huilliches por sus congéneres de más al norte— hablasen el quichua, y mucho menos que ellos fueran los expertos en el arte de la metalurgia, no queda otro camino que admitir y aceptar, como única solución lógica, que pueblos venidos del Antiguo Perú fueran los que alcanzaran hasta Chiloé y en una fecha muy anterior a la fecha de la llegada de los españoles. Tener que llegar a tan osada conclusión significa nada menos que enfrentar un problema que viene a echar por tierra toda una serie de opiniones relacionadas con el alcance geográfico que tuvieron las culturas andinas en el sur de Chile. Se trata pues de probar una tesis que para muchos, desde ya, parecerá descabellada. Es preciso, por lo tanto, proceder con suma cautela.

Para comprender mejor un hecho que se expondrá más adelante vamos a tratar un tema que conviene dejar bien en claro y que responde a la siguiente pregunta: ¿Cuál era la lengua que se hablaba en el valle del río Mapocho cuando arribaron los españoles?

Analizaremos la situación.

Sabemos que el día 4 de septiembre de 1545, desde la ciudad de La Serena, Pedro de Valdivia le envió su primera carta al Emperador Carlos V, y en ella le informa de todas las vicisitudes que le significara la conquista de Chile y en especial la fundación y la defensa de la ciudad de Santiago. Al referirse al éxito que obtuviera con las trápalas que usara como estrategia y a las oportunas repulsas nocturnas de los españoles, expresa: “Y así andábamos como trasgos, y los indios nos llamaban *Cupais*, que así nombran a sus diablos, ...”. En la carta hay un error ortográfico que está a la vista pues la verdadera palabra se escribe *Çupai* y se pronuncia *supai*, voz con la cual los pueblos andinos denominan a su genio del mal. Ahora bien, de esta información de Pedro de Valdivia se infiere, sin dejar lugar a dudas, que el apelativo dado a los españoles les fue puesto por gente de

origen peruano, ya que si se hubiese tratado de mapuches, éstos les habrían dado el calificativo de *wekufü*, que es la denominación que ellos le dan a su genio del mal.

Además, en la reunión convocada por Pedro de Valdivia con las autoridades locales, el idioma usado fue el quichua y no el mapuche. Les dio a entender sus propósitos “con un indio que sabía y entendía muy bien la lengua y el mismo Inca Quilicanta por ser del Cuzco”, según lo testifica Gerónimo de Bibar.

Tampoco hay que olvidar que casi todos los *kurakas* pertenecían o estaban emparentados con miembros de la realeza Inca. Así, Quilicanta era príncipe Inca y se desempeñaba como sumo-sacerdote en Colina; Vitacura era sobrino del Inca Atahualpa y Apoquindo, tío del Inca Huáscar. Se trataba, pues, de autoridades de alta categoría. En la actual comuna de Las Condes Vitacura mantenía todo un sistema agrícola y administrativo organizado, con caminos, *pukaras* y un santuario en cerro del Plomo. Es famoso el canal que hiciera construir por un costado del cerro San Cristóbal para llevar aguas del río Mapocho y poder regar así los campos de Conchalí, formando una cascada conocida hoy con el nombre de El Salto. Los demás *kurakas* mantenían el mismo sistema de explotación de los suelos, con sus acequias y andenes para el regadío, que tanto singularizan en ese aspecto a la agricultura incaica. En su vida diaria la gente de Mapocho observaba las mismas reglas y las mismas costumbres de los habitantes del Cuzco; se podría decir que los habitantes del valle del río Mapocho se comportaban como si estuviesen viviendo en el Perú.

Todo esto se sabe, pero lo que realmente se ignora es la fecha a partir de la cual el valle del río Mapocho comenzó a poblarse con gente venida del Perú. Sobre esta materia existe un cúmulo de antecedentes contradictorios; pero en el supuesto que la ocupación peruana datase únicamente un siglo antes de la llegada de los españoles, con motivo de la empresa conquistadora del Inca Tupac Yupanqui, o que fuese muy anterior y contemporánea con las épocas de florecimiento y expansión de las altas culturas que se desarrollaron en el Antiguo Perú, o que haya coincidido con cualquier movimiento migratorio peruano ocurrido en cualquier momento de la prehistoria sudamericana, en nada hará variar el cuadro que hemos presentado sobre la dinámica humana, social y económica, que una tríada de pueblos, incaicos, diaguitas y mapuches, mantenían cotidianamente

en toda la zona cultivable del valle del río Mapocho. Pedro de Valdivia se encontró con la sorpresa que al poniente del cerro Huelén no había una pulgada de terreno disponible y para poder realizar el trazado de la futura ciudad de Santiago se vio en la dura necesidad de hacer trasladar al valle de Quillota a toda la población indígena que tenía sus caseríos en ese lugar. No proceder al desalojo le significaba lisa y llanamente abandonar el intento de fundar la primera ciudad en Chile en un lugar estratégico que le permitiera continuar con su plan de conquista.

Corresponde ahora tratar todo lo referente a la lengua común y corriente que se hablaba en el valle del río Mapocho cuando llegaron los españoles. Ellos mismos pudieron constatar que el idioma oficial era el quichua y que la lengua mapuche se encontraba desplazada hacia la costa y hacia el sur del río Maipo, sin que por esto se pueda considerar que hubiese desaparecido o hubiese sido totalmente absorbida por el quichua; ella se conservaba en estado latente en las clases sociales más bajas cuyos antepasados habían sido mapuches. Para obtener una respuesta más correcta sobre este problema conviene analizarlo al revés, esto es preguntarse cuál fue la lengua que prevaleció una vez que los españoles dominaron totalmente la situación después del frustrado intento de la destrucción de la naciente ciudad de Santiago por parte de las fuerzas indígenas encabezadas por Michimalonco. Enfocado así el problema la respuesta es muy conocida: en las zonas rurales sobrevivió el mapuche, eso sí que ahora enriquecido por un gran número de voces quichuas; en la zona urbana el español, a su vez, se nutrió de voces quichuas que hasta hoy perduran en el lenguaje popular. Con respecto a este proceso convendría precisar hasta dónde o en cuánto influyó el lenguaje de los mestizos traídos del Perú durante la Conquista y la Colonia para incrementar las fuerzas españolas que combatían en la guerra de Arauco.

Sea como fuere, el hecho cierto es que al fundarse la ciudad de Santiago se hablaba una lengua muy especial en la cual se destacaba el predominio de las voces quichuas. A esta lengua se la denominó Lengua de Mapocho.

Ahora bien, en septiembre de 1558, el nauta español Francisco de Cortés Ojea realizó una exploración por la costa oriental de la Isla Grande de Chiloé, en uno de cuyos puertos bajó a tierra y donde, según el escribano Miguel de Goicueta, autor de su diario de viaje, "viendo la tierra é costa della hablaba el capitán con los indios é decía que lo entendían bien é que parecía LENGUA DE MAPOCHO".

Hemos dicho e insistido repetidamente que esta lengua no es el mapuche puro, sino que, por el contrario, se trata de una lengua en la cual la abundancia de voces quichuas le da una característica que le es propia. Ahora, que esta misma lengua se hablase en Chiloé en la misma época en que era hablada en el valle del río Mapocho, viene a constituir, desde ya, un hecho de tal importancia que, por el solo mérito de su existencia, exige una revisión total de la protohistoria de esa región. Si a este hecho se agrega el hecho que tanto

la gente del Seno de Reloncaví como la de Chiloé vestían a la usanza cuzqueña y que era normal el uso de acabados aderezos de oro y plata elaborados por experimentados orfebres, tenemos ante nuestros ojos la configuración de un cuadro donde se perfilan claramente elementos que pertenecen a la cultura andina y no a la cultura mapuche o a la de otros pueblos sobre los cuales existe la certidumbre que también poblaron el archipiélago de Chiloé. Sin embargo, esto no es todo. Queda por considerar su toponimia.

Si se realiza una investigación diligente sobre la etimología de los nombres de lugares y de accidentes geográficos de la provincia de Chiloé, se comprueba que una parte de ellos pertenece a la lengua quichua, o que derivan de raíces quichuas con sufijos que corresponden a fonemas locales.

Así, por ejemplo, en Chiloé continental se tiene la denominación Ayacara, que proviene de las voces quichuas "áya" "kkára" y cuyo significado es "la piel del cadáver"; Chulao, nombre de una punta situada al norte de Ayacara, proviene de la voz quichua "chulu" que significa "mestizo"; Ica, nombre del islote situado al sur de Ayacara, corresponde a la denominación "ika" de la ciudad capital de la provincia del mismo nombre de Perú; Aquilla, río situado al sur del fiordo de Reñihue, proviene de la voz quichua "ákilla" con la que se designa a "un vaso fino"; Chana, nombre de una punta situada al norte de Chaitén, es la misma voz quichua "chána" con la que se designa a "la criatura menor de una familia".

En el archipiélago mismo de Chiloé los nombres de lugares de etimología quichua son numerosos; sólo vamos a mencionar unos pocos. Comenzando con aquellos que tienen por sufijo la letra "o", podemos anotar: Chacao, de "cháka", que significa "puente" y también "obstáculo"; Quinchao, de "kincha", "pared hecha con ramas"; Catiao, de "kkáti", que quiere decir "a continuación"; Chancao, de "chánka", "guiso a base de chuño". Podemos anotar, además, Anay, de la voz quichua "anay", que significa "apostar con granos azules de maíz"; Acuí, de "akui", "individuo malvado"; Ahui, de "háwi", "pomada a base de grasa"; Aucha, de "áuca", "individuo perverso"; Compu, de "kompu", "abolladura"; Chacua, de "ch'ákhua", "gritería"; Chaihua, de "ch'áuwa", "estrujado"; Checo, de "cheko", "cincel de piedra"; Huapacho, de "wáphachu", "persona habladora"; Huanqui, de "wánkhi", "mujer inútil"; Huicha, de "wicha", "subida o pendiente"; Ipun, de "íphu", "la garúa"; Ito, de "ítu", "ceremonia de culto al sol"; Lacao, de "láka", "la espuma"; Llapao, de "llápha", "paja muy fina y suave"; Piruquina, de "phírukina", "planta nociva"; Quehui, de "kéwi", "cosa arqueada o torcida"; Quellón, de "kélum", "la yema del huevo"; Quenac, de "kkhêna", "conocida flauta andina"; Yutuy, de "yuttu", "perdiz de los Andes".

Como se ve, existen equivalencias fonéticas sorprendentes entre los topónimos y las raíces quichuas de donde provienen. Pero resulta más sorprendente aún que más al sur

existan también topónimos de época prehispana y de origen quichua.

Allá por los años 1675-1676 el piloto español Antonio de Vea recorrió los archipiélagos de Chiloé y de los Chonos; visitó la laguna de San Rafael y atravesó el istmo de Ofqui para llegar, por fin, al golfo de Penas. En las Islas Guaitecas, penetró en un puerto de una isla denominada Yncac, topónimo cuya raíz "ínka" está a la vista.

El padre jesuita, José García Alsuc, en los años 1766-1767, estuvo en la isla Caicayec del archipiélago de los Chonos. Esta denominación de la isla contiene la raíz quichua "kaika" que significa "aquí, he aquí". Cerca de dos meses más tarde arribó al puerto de Chanaquelya, en la cordillera, donde aparece nuevamente, en el topónimo, la raíz quichua "chana". Al sur de la península de Taitao, en el canal Fалlos, el padre García se encontró con un indígena de apellido Chaya, natural de la región; pero tal apellido deriva del quichua, de la voz "chala", con la cual se designa a "la hoja que envuelve al choclo". Resulta extraño que en esas latitudes aparezca esa voz quichua con ese significado cuando el maíz allí no se cultiva, salvo que se le diese la acepción que también tiene de "arena", cuando su pronunciación es "chchalla". Por lo demás, en el idioma quichua, existe el verbo "challay" que significa "rociar con agua", y en el idioma mapuche "challa", palabra con la cual se designa a la olla o paila hecha de greda. Finalmente, en Bolivia, hay diversos topónimos en los cuales figura la voz "challa". Ahora, que el indígena se llamase Antonio y perteneciera al grupo étnico denominado *taijataf* del archipiélago Guayaneco, indica que la evangelización practicada por los misioneros españoles había dado todos sus frutos al extenderse tan al sur de Chiloé, antes de finalizar la Colonia.

En su regreso al norte la expedición del padre García atravesó de nuevo la laguna San Rafael, y siguiendo más al norte recaló en una punta denominada Guata, donde le cupo la suerte de presenciar una ceremonia de curación de un enfermo. Al preguntar el padre García qué era aquello se le respondió que se trataba de un *machitun*. En mapuche, la voz "wátha" significa "barriga", y como en ese idioma se designaba también la ceremonia de curación, se dan las condiciones para deducir que el nombre de esa punta proviene del mapuche. Sin embargo, debemos tener presente también que en el idioma quichua, con la voz "wáta", se designa el "año" y un "tipo de papa", fuera de que con ella se denomina un puerto del Lago Titicaca y aparece en otros topónimos de la región andina.

Por último, la muy nombrada península de Taitao consta de un topónimo cuya raíz quichua está a la vista, en ese idioma "taita" significa "padre". Al sur de esta península está la punta de Chagualata, donde la voz "cháwa" es quichua y significa "cosa cruda". Inmediatamente al norte de la ciudad de Ovalle hay un pueblo denominado Guamalata. Se trata de un topónimo de etimología quichua cuya traducción correcta al español desconocemos, por el momento. Sin embargo está a la vista su similitud con Chagualata.

Ahora, si enfocamos la investigación desde otro ángulo, se puede establecer que algunas voces quichuas dan desde ya una idea acerca de los pueblos que habitaban la zona sur antes del arribo de los españoles. Así, tenemos al pueblo que Juan Bautista Pastene y su tripulación encontraron en ambas riberas del río Ainilebo (río Valdivia), el cual se denominaba asimismo Ainil, palabra que proviene de la voz quichua "áyni", con la que se designa al grupo étnico que practicaba un sistema social de cooperación mutua. La denominación "payo", dada a los indígenas del sur de Chiloé, proviene de la voz quichua "páyukk", con la cual se designa al hombre extraviado; la denominación "chono" procede de "chúnu", o sea hombre de orejas pequeñas; y el nombre Guaitecas es el plural españolizado de "waitek", que a su vez deriva de "wáyt'akk", voz quichua que quiere decir "hombres que nadan". Esta acepción es correcta y está en perfecto acuerdo con lo que expresa el joven guardiamarina John Byron cuando, a comienzos de 1742, le tocara convivir con estos indígenas. En efecto, a Byron le llamó la atención su precoz inclinación por nadar, ya que "a la edad de tres años puede vérselos gateando entre las rocas y arrecifes, desde donde se tiran al mar sin preocuparse del frío, que es intenso en esas regiones, y sin manifestar temor alguno por el estruendo y el furor de la resaca".

A título de conclusión y como una corroboración a lo que expresáramos en un comienzo vamos a dar a conocer algunas informaciones que nos legaran los conquistadores a quienes les cupo verificar la existencia de elementos de la cultura peruana cuando llegaron por primera vez a la región del Seno de Reloncaví y de Chiloé septentrional.

Entre sus investigaciones históricas, Tomás Thayer Ojeda hace notar que en carta dirigida por García Hurtado de Mendoza al Consejo de Indias, con fecha 20 de abril de 1558, refiriendo su expedición a los Coronados, escribe lo siguiente: "Hallé treinta o cuarenta mil indios de la manera y disposición de los de atrás, bien vestidos y con zarcillos y otros arreos de oro fino y de oro sobre plata y mucho ganado y sementeras hasta que fui a dar a un lago grande". Este lago a que se refiere el conquistador es, en realidad, el Seno de Reloncaví, pues dice que encontró allí muchas islas "pobladas de la misma gente y ganado"; y una expedición que en canoas reconociera las islas postreras trajo noticias "que en la tierra firme de adentro había mucha cantidad de indios y buena tierra de oro, comidas y ganados, dando cuenta de cómo lo sacan y funden". También García Hurtado de Mendoza dice que "su vestido consistía en una especie de muceta de lana, sumamente fina y peluda debajo de la cual llevaban camisetas. Cubrían la cabeza con capuchas de lo mismo y gastaban calzones, a causa de ser la tierra muy fría".

Mariño de Lobera, refiriéndose a los habitantes del norte de Chiloé, manifiesta: "Y por ser la tierra muy fría, andaban vestidos con más abrigo que los demás del reyno, trayendo calzones y camisetas, y en lugar de capas unas mucetas de lana muy finas, y sus sombreros de la misma materia,